

PARA UNA REFLEXIÓN EN TORNO AL GOLPE DEL 4 DE JUNIO DE 1943

FERNANDO J. DEVOTO

Fernando J. Devoto es Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires e Investigador con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani», de esa Universidad. Es también miembro del Instituto de Investigaciones sobre el Patrimonio Cultural, de la Universidad Nacional de General San Martín.

Resumen

El artículo explora el golpe militar de 1943 en Argentina desde dos perspectivas. La primera intenta situar el acontecimiento en el horizonte de incertidumbres y expectativas de los contemporáneos, sea actores de primer plano sea personas corrientes. La segunda conjetura en torno a los distintos escenarios que llevaron al golpe viendo a éste como una de las posibilidades inscriptas en la larga crisis política de la década del treinta, no la única y, sucesivamente, reflexiona en torno a las distintas opciones que se abrían a partir de él. Se trata de un ejercicio que aspira a discutir la extendida idea de causalidad necesaria entre pasado y presente.

Una versión preliminar de este texto fue presentada en las XIII Jornadas de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella, «Los golpes militares», 21-22 agosto 2013. Debo a la amable insistencia de Ezequiel Gallo el haberme embarcado en este tema y a la generosidad de César Tcach el haberme decidido a publicarlo en un volumen de homenaje al querido Darío Macor.

Summary

The article explores the military coup in Argentina in 1943 from two perspectives. The first one tries to put the event in the context of the uncertainties and the expectations of the contemporaries, both major players and common people. The second one analyzes the different scenarios that led to the coup, considering the latter as one of the possibilities, but not the only one, listed in the long political crisis of the 1930s and reflecting on the different options that the same coup generated. It is an exercise that challenges the widespread idea of necessary causation between the past and the present.

El autor debe advertir al lector que no es un especialista en el tema que va a explorar y que por ello este trabajo debe ser entendido apenas como un ejercicio de método a partir de un conjunto de hipótesis y conjeturas. Ciertamente, el golpe de 1943 ha sido indagado reiteradas veces en la historiografía argentina y la masa documental sobre la que reposan esos estudios es importante, dentro de algunos límites evidentes del estado de las fuentes para el conocimiento de la Argentina contemporánea, si comparamos con otros casos europeos o latinoamericanos. Se depende mucho de la prensa de la época, de los informes diplomáticos (no siempre muy perceptivos) y de los testimonios voluntarios, orales o escritos, producidos a menudo con el sentido del después (es decir, a la luz de los acontecimientos posteriores, incluidos el peronismo y también su caída) y con propósitos a menudo justificatorios de los que los producían. Por otra parte, aquellos documentos contemporáneos a los sucesos fueron consignados, en general de manera privada, muchos años después y es difícil saber hasta qué punto su carácter fragmentario es producto del azar o de una intencionalidad de sus originales depositarios. Un caso ejemplar de este último tipo es la documentación sobre el GOU reunida y finamente analizada por Robert Potash, consciente de esos problemas¹.

Hace ya mucho tiempo que Marc Bloch señaló todos los límites y las insidias de los «testimonios voluntarios» y es innecesario volver aquí sobre ello². Sólo quisiéramos señalar que, con pocas excepciones, las bases de una crítica de los mismos han estado ausentes en la historiografía sobre el tema. Un resultado no menor, ha sido la tendencia a ver al golpe del 43 como un simple preámbulo de un movimiento político posterior como el peronismo, tal cual emergía en los recuerdos tardíos de los protagonistas o en las lecturas por así decir «anticipatorias» de los mismos documentos contemporáneos que realizaron los historiadores o científicos sociales que se ocuparon del problema. Desde luego que esas lecturas tienen buenos sustentos, a comenzar en el mismo peronismo. Perón, a menudo y en diferentes momentos de su vida, gustó de filiar a su movimiento político tanto con lo que llamaba la revolución de 1943 como con el 17 de octubre. Así lo hizo, por ejemplo, tanto en 1947, en *Doctrina Peronista*, como en 1973, en el

¹ *Perón y el G.O.U. Los documentos de una logia secreta*, compilación, introducción y comentarios de Robert Potash, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

² Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, pp. 51-58.

mensaje que enviara a la reunión del movimiento de los «no alineados»³. Para él, menos preocupado por las analogías que se habían hecho y podían hacerse sobre muchos aspectos y momentos de esa revolución (desde las simpatías hacia el Eje hasta las posiciones oficiales ultramontanas) que por valorizar el origen militar del movimiento, el 4 de junio era el punto inicial de la revolución peronista. Desde luego que por razones semejantes, interpretadas con un signo valorativo opuesto, los adversarios del peronismo también se inclinaban a resaltar esa asociación y en ese marco, en algunos casos, a negar también paralelamente el carácter revolucionario tanto del golpe de 1943 como del mismo peronismo⁴.

Los historiadores, al igual que las personas corrientes, estamos inmersos en el tiempo y volver a pensar un problema tratando de abstraerse de la idea de que lo que vino luego estaba necesariamente inscripto en él es una tarea muy difícil pero necesaria si se quiere restituir una significación y una función a un «acontecimiento» como el golpe de 1943 o cualquier otro. Esa operación no implica considerar necesariamente que el potencial explicativo del acontecimiento sea mayor que el del análisis de «estructuras» de más largo plazo, simplemente sugiere que esa es una de las posibilidades de los enfoques de corto plazo. Nuestro breve ejercicio propondrá entonces, inicialmente, aislar al momento de 1943 tratando de colocarnos en el «horizonte de expectativas» de los contemporáneos o acercarnos lo más posible a él tratando de prescindir de antecedentes y consecuencias. Sucesivamente trataremos de colocar al golpe de 1943 en una temporalidad algo más larga hacia adelante y hacia atrás. En esta segunda perspectiva, el golpe de 1943 puede ser una buena atalaya para hacer un diagnóstico de la década del 30 tanto

³ Juan D. Perón, *Doctrina Peronista. Filosófica-Política-Social*, Buenos Aires, Fidelius, 1947, pp. 41 y ss.; y *Mensaje a la IV Conferencia de Países no alineados*, Argelia, septiembre de 1973. En ambos casos el punto de partida es la «Proclama revolucionaria» de junio de 1943, cuya autoría se atribuye.

⁴ Un conjunto de encendidas e interesantes mesas redondas organizadas en 1958 en la Facultad de Derecho de la UBA que se reunieron al año siguiente en forma de libro bajo el título de *Tres revoluciones*. En la mesa redonda sobre el 43 todos parecían asumir ese vínculo indisoluble entre el golpe y el movimiento peronista y por ello no se hablaba casi nada de esa revolución y todo giraba en torno al peronismo. Uno de los participantes, Rodolfo Ghioldi, insistía en calificar al golpe de 1943 no como una «revolución» sino como una «chirinada». Negación del carácter revolucionario que se aplicaba consecuentemente también al peronismo. Diferente fue la posición del frondicista Horacio Domingorena que escindía el 43 («un cuartelazo») de la revolución popular posterior. *Tres revoluciones (los últimos veintiocho años)*, Buenos Aires, Editor Emilio Perrot, 1959, pp. 55-95.

como para reflexionar acerca de los orígenes del peronismo. Reflexión acerca de las diferentes posibilidades que se abren a partir de él y de aquellas otras que conducen a él. Posibilidades que reposan sobre una exploración conjetural de «causalidades adecuadas» y no sobre la defensa de la idea de causalidades necesarias⁵.

1.

«Triunfó la revolución» titulaba en letras enormes el diario *La Razón* en su quinta edición del 4 de junio de 1943. «Proclama revolucionaria» se definía el texto hecho circular el mismo 4 de junio por los militares⁶. El término «revolución» no debía ayudar mucho a los contemporáneos, redactores o lectores, acerca de la naturaleza del alzamiento militar. Era una expresión corriente en la Argentina aplicada a fenómenos muy diferentes: revolución de los restauradores, revolución del 11 de septiembre, del 80, del 90, de 1905, el 30, entre otras. Desde luego que, para los militares promotores del alzamiento, podía significar la aspiración a un cambio profundo pero la expresión estaba tan desgastada que bien podía ser leída simplemente como un pronunciamiento entre tantos otros. Las experiencias de los contemporáneos parecen signadas por la ausencia de sorpresa tanto como por la incertidumbre. Para muchos no se trataba de «un rayo en un día de sol», por utilizar la expresión conocida que Federico Pinedo aplicó al golpe del 30. Nadie se escandalizó (salvo precavidamente los comunistas) y ello mostraba hasta qué punto una solución militar a la prolongada crisis argentina estaba dentro del orden de lo posible o dentro de ese horizonte de expectativas de los contemporáneos.

Ciertamente esa ausencia de sorpresa iba acompañada en las elites políticas, en los funcionarios argentinos y extranjeros y en la opinión pública de escasas certezas de hacia dónde iba ese pronunciamiento militar. Veamos un ejemplo bastante ilustrativo extraído de la copia existente en el archivo de Carlos Ibarguren del «Informe de los acontecimientos acaecidos el día 4 de junio de 1943» que el General de División Rodolfo Márquez escribió a las 19 hs. de ese mismo día⁷. Convocado

⁵ La referencia es aquí la reflexión de Max Weber, «Posibilidad objetiva y causación adecuada en la consideración causal de la historia», en: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, pp. 150-174.

⁶ *La Razón*, 04/06/1943, 5ª edición, p. 1.

⁷ Academia Nacional de la Historia, Archivo Carlos Ibarguren, F.C.I.

de urgencia a Olivos por el Presidente Castillo, ante la ausencia de noticias sobre su Ministro de Guerra, el General Pedro Pablo Ramírez, enviado por él horas antes a Campo de Mayo para disuadir a los militares sublevados, Basso llegó a la 1:40 hs. Castillo le indicó a Márquez, según éste consigna en el informe que «Al parecer el movimiento persigue, entre otras cosas, la ruptura de relaciones con los países del eje», opinión que el militar, mejor informado o más perceptivo, no compartía, señalando que el problema era la política interna y la corrupción. En cualquier caso, la idea de Castillo era la misma de la Embajada alemana en Buenos Aires que, como es conocido, procedió inmediatamente a quemar la documentación comprometedoras existente en ella y también era la de los Estados Unidos⁸. Si las dudas estaban del lado del gobierno, también lo estaban del lado de los insurgentes. El mismo general Márquez, nombrado «Comandante Superior de las Fuerzas de Represión» por Castillo refiere que en su entrevista con quién comandaba la sublevación que avanzaba sobre Plaza de Mayo, el general Arturo Rawson, éste le ratificaba los rumores que se tenían en la Presidencia: que los sublevados aspiraban a obtener, programa seguramente mínimo, la renuncia de todos los ministros del gobierno de Castillo. Claramente el problema se desplegaba en una gama de posibilidades según cuales fueran los apoyos militares con que cada bando contase y estos fueron bastante inciertos durante unas cuantas horas. Potash ha señalado que Rawson conseguía menos apoyos de los previstos, en especial entre los altos oficiales del Ejército, pero Márquez, según su informe, lograba aún menos (en especial al no conseguir la adhesión de la Segunda División del Ejército con asiento en La Plata). El resultado es conocido y no es necesario avanzar aquí sobre ello.

Si esa era la incertidumbre en la misma situación y entre las figuras centrales de las acciones militares y políticas, era mucho más difícil para otros actores tener en claro el panorama. A golpe consumado, en la misma tarde del 4, algunos notables como Carlos Saavedra Lamas habían organizado prontamente una fugaz comisión, que integraban entre otros Alfredo Palacios y Leopoldo Melo, para promover una mediación entre el presidente Castillo y los militares sublevados. La propuesta era que Castillo cediese el poder al Presidente de la Corte Suprema⁹. La iniciativa duró un suspiro.

⁸ Robert Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, p. 277; Ronald Newton, *El cuarto lado del triángulo. La «amenaza nazi» en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, p. 355.

⁹ *La Razón*, 04/06/1943, p. 3.

Los dirigentes políticos eran inicialmente mayoritariamente reticentes, aunque entre ellos los que más expectativas favorables tenían parecen haber sido algunos radicales. No solamente se trataba de los contactos que dirigentes radicales habían tenido con los militares, incluido Pedro Ramírez, el Ministro de Guerra de Castillo (contactos que habían acelerado el golpe ante el inminente desplazamiento de aquél por el Presidente), sino de rumores esparcidos aquí y allá que señalaban que podía ser un golpe «radical». Así lo sugiere, por ejemplo, el testimonio de Juan José Real, miembro por entonces del comité central del Partido Comunista y detenido en Villa Devoto, que apenas producido el golpe escuchó que un guardiacárceles le espetó: «Me parece que ahora usted sale en libertad. Son los radicales»¹⁰. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que destacados dirigentes radicales del interior se pronunciaron rápidamente a favor del golpe militar. El 4 de junio, una edición especial del diario partidario del radicalismo en Salta, *El Intransigente*, adhería en términos elogiosos al golpe y al Ejército que era el mismo «pueblo bajo las armas»¹¹. El mismo 4, con tono algo más prudente, el dirigente radical Emir Mercader expresaba su convicción de que el movimiento militar era «de intención democrática». Al día siguiente, se expresó una figura muy relevante, el gobernador radical de Córdoba, Santiago del Castillo¹².

Por su parte, las distintas familias de la galaxia nacionalista, que se supone debían estar mejor informados acerca de un golpe, tampoco lo estaban. Dos destacados nacionalistas de los Cursos de Cultura Católica, César Pico y Máximo Etcheopar, estaban cenando con Marcelo Sánchez Sorondo en la cervecería alemana Adam, en Maipú y Leandro Alem, la noche del 3 de junio (nos lo cuenta este último en sus *Memorias*), sin tener la menor idea de lo que estaba pasando en Campo de Mayo¹³. Los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, por su parte, si hemos de creer en la versión de Arturo Jauretche, estaban también cenando en la madrugada entre el 3 y el 4 en otro restaurante alemán, el Edelweiss de la calle Libertad, y cuando

¹⁰ Juan J. Real, *30 años de historia argentina*, Buenos Aires, Actualidad, 1962, citado por Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina, 1943-1973*, t. II, Buenos Aires, Emecé, 1982, p. 10.

¹¹ Azucena Michel, Ester Ma. Torino, Rubén Correa, «Crisis conservadora, fractura radical y surgimiento del peronismo en Salta (1943-1946)», en: Darío Macor y César Tcach (eds.), *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, Ediciones UNL, 2003, pp. 216-217.

¹² *La Razón*.

¹³ Marcelo Sánchez Sorondo, *Memorias (conversaciones con Carlos Payá)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 81.

Jauretche les contó lo que estaba sucediendo ellos creyeron que se trataba de un golpe del general Benjamín Menéndez¹⁴. Alguien podría observar, maliciosamente: demasiados restaurantes alemanes. Raúl Scalabrini Ortiz, por su parte, parece que estaba acondicionando la nueva casa que había comprado tres días antes en la calle Corrientes en Olivos sin noticias previas acerca del golpe. Acontecido el golpe, el 5 de junio reunido en un café de Cabildo y Juramento con Jorge Del Río y otros amigos, Scalabrini seguía desconfiando de esos militares de los que tan poco se sabía y se orientaba a creer que era un golpe pro norteamericano para romper la neutralidad¹⁵.

Seguramente no mejor informados, pero más osados, Jauretche y FORJA fueron entusiastas desde el primer día en que ya organizaron una rápida manifestación callejera de apoyo que acompañó una declaración optimista como decía la firma por el mismo Jauretche y Oscar Meana: «FORJA declara que contempla con serenidad no exenta de esperanza la constitución de las nuevas autoridades»¹⁶. Por su parte, diarios nacionalistas como *Cabildo* también celebraban alborozadamente la revolución en la que veían «el triunfo del espíritu nuevo» que había abolido a un gobierno de «la plutocracia sin patria»¹⁷.

Los días sucesivos no contribuyeron a despejar las dudas acerca de un golpe improvisado. Los primeros pasos de los revolucionarios no daban ninguna certeza, a partir de la anodina ambigüedad y banalidad de la proclama revolucionaria del 4 (atribuida a la pluma de dos figuras tan diferentes como los coroneles Miguel Ángel Montes y Juan Domingo Perón), aunque esa deliberada ambigüedad no ocultase astucia política. Por otra parte, las confusas y contradictorias declaraciones de Rawson del mismo día no ayudaban tampoco a clarificar la situación. Asimismo, el día 6 los lectores que hojeaban *La Razón* en su quinta edición, tal vez volviendo a sus casas en un tranvía, podían encontrar unas breves biografías del gabinete que iba a asumir la mañana siguiente. El 7, como todos saben, y los lectores de los diarios de entonces se enteraron, juró otro presidente, Ramírez, con otro gabinete¹⁸. Y el mismo Ramírez sucesivamente daba señales contrapuestas según el interlocutor

¹⁴ Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1962, pp. 123-124.

¹⁵ Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1970, pp. 365-366.

¹⁶ Arturo Jauretche, *FORJA y la década infame*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1969.

¹⁷ «Editorial», *Cabildo*, 05/06/1943, p. 4 y «Editorial», 07/06/1943.

¹⁸ *La Razón*, 06/06/1943, p. 6 y 07/06/1943, p. 1.

con el que conversaba. Ora hablaba de restaurar las instituciones democráticas luego del necesario saneamiento (por ejemplo cuando se entrevistó con dirigentes de la FUA el 10 de junio), ora sugería perspectivas regeneradoras en lo moral, en lo administrativo y en lo político que iban en sentido contrario.

Lo que pocos podían entonces saber era que la situación no era mejor entre los participantes y responsables de un golpe que estuvo entre los más caóticamente organizados en la Argentina. Por ejemplo, el caso de esa figura decisiva que fue el entonces coronel Elbio Anaya, jefe de la guarnición de Campo de Mayo, es particularmente emblemático. Como tantos otros militares que tuvieron una actuación decisiva, nada parecía saber de los propósitos de esa logia militar que estaba detrás del golpe, el GOU. Y yendo más allá, ¿los mismos miembros del GOU tenían propósitos compartidos claros? Ciertamente dos emergen de las bases, también ellas en muchos aspectos reticentes: el anticomunismo y el antinorteamericanismo. La amenaza de los Estados Unidos y la amenaza de la victoria de un «Frente Popular» disfrazado de Unión democrática y para ello las alusiones más marcadas son el ejemplo de la guerra civil española¹⁹.

Más explícitos son en cambio los boletines o las noticias que se hacían circular entre los miembros de la logia. Dentro de su tosquedad (la justa expresión es de Tulio Halperin²⁰) muestran una clara familiaridad con los tópicos clásicos predicados y practicados por los regímenes autoritarios o totalitarios europeos y reproducidos por los nacionalistas locales: el comunismo, el judaísmo, la masonería, el Rotary Club como enemigos a combatir implican alusiones que no dejan dudas posibles acerca de donde estaban colocados los ideólogos del GOU²¹. La masonería, por ejemplo, fue hostigada por el fascismo italiano (pese a que muchos de sus jefes eran y seguirían siendo masones), por el salazarismo y por el franquismo (autor, por ejemplo, en 1940, de un draconiano decreto que imponía severas penas a los que la integrasen). Lo mismo, aunque con énfasis discursivos menores, ocurría con el Rotary Club, prohibido en Italia y en España en 1938.

Desde luego, aunque muchos contemporáneos (y también muchos historiadores posteriores) parecían más interesados en el carácter aliadófilo o germanófilo de los militares como un criterio para deslindar entre ellos, las cosas eran más complejas.

¹⁹ «G.O.U. Bases», transcripta en Robert Potash, *Perón y el G.O.U.*, *op. cit.*, pp. 25-43.

²⁰ Tulio Halperin Donghi, *La República imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004, p. 303.

²¹ «Noticia N° 1 y N° 2», transcripta en Robert Potash, *Perón y el G.O.U.*, *op. cit.*, pp. 101-106.

Algunos de aquellos temas, como el comunismo, parecen haber sido patrimonio común de los militares, incluidos los considerados liberales. Observemos las declaraciones del coronel Anaya al asumir como Ministro de Justicia e Instrucción Pública el mismo 7 de junio: «nadie debe tener nada que temer del nuevo gobierno salvo los que profesen ideas extremistas»²². ¿Y no será una de las primeras medidas de su gestión la expulsión de una decena de funcionarios judiciales, entre jueces y fiscales?²³

Aunque hoy pueda parecernos que el gobierno se inclinaba bastante rápidamente hacia una solución autoritaria algo antes de octubre de 1943: ya en agosto con la intervención Baldrich en Tucumán o la designación de Jordán Bruno Genta (siendo todavía Ministro el Coronel Anaya) en la Universidad del Litoral, que se sumaba a otros cuadros nacionalistas en puestos estratégicos del Estado provincial (designaciones que el GOU aplaudía)²⁴. También pocos días después parecía clarificadora la celebración de un homenaje al general Uriburu en la catedral, el 6 de septiembre (en recuerdo de la revolución del 30), día que se decretó asueto administrativo al personal del Estado, al que asistieron el presidente y todos sus ministros y a cuyo acto sucesivo en la Recoleta, más reducido, asistieron tres ministros, incluido el aliadófilo Almirante Storni²⁵. Sin embargo, muchos todavía hesitaban, y que las cosas no eran claras lo muestran otras designaciones contradictorias, como la del mismo Del Castillo. Desde luego que en los sectores democráticos, mirados en conjunto, la expectativa había dado lugar a la decepción o a la hostilidad.

Por otra parte, aunque la gran mayoría de los nacionalistas adhirió muy pronto al movimiento militar y, entre ellos, Marcelo Sánchez Sorondo, deseoso de convertirse en ideólogo del mismo, otros nacionalistas (los menos) también hesitaban. Todavía el 19 de julio de 1943 en una carta a Francisco Capelli, Scalabrini sigue desconfiando de esos mismos militares²⁶. Y también parece haberlo hecho José Luis Torres, es decir dos de los tres autores que el GOU recomendaba leer. También los hermanos Irazusta eran reticentes. Por una vez ellos, más allá de una moderada expectativa inicial, a

²² *La Razón*, 08/06/1943, p. 4.

²³ Arturo Pellet Lastra, *Historia política de la Corte (1930-1990)*, Buenos Aires, AD-HOC, 2001, pp. 90-93.

²⁴ Darío Macor, «Las tradiciones políticas en los orígenes del peronismo santafesino», en Darío Macor y César Tcach (comps.), *La invención del peronismo en el interior del país*, op. cit., pp. 90-93. Para la invasión de nacionalistas en otros cargos en gobiernos provinciales, cfr. Elena Piñero, *La tradición nacionalista ante el peronismo*, Buenos Aires, A-Z editora, 1997, pp. 240-241.

²⁵ *La Razón*, 06/06/1943, p. 6.

²⁶ Citada fragmentariamente por Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*, op. cit., p. 367.

estar de lo que escribían en *La Voz del Plata*, habían sido previsores. Estados Unidos ganaría la guerra y sería la nueva gran potencia y la Argentina debía partir de admitir ese hecho y eso era admitir el Panamericanismo²⁷. Un modo también más eficaz de enfrentar a Gran Bretaña, según ellos, que abrazar la causa de la neutralidad.

Es bien sabido que la deriva nacionalista autoritaria de junio a octubre del 43 iba acompañada de una inclinación creciente hacia las potencias del Eje en la guerra mundial. Guerra de la que informaban con profusión de detalles los mismos diarios argentinos. Nuevamente en este tema la mirada posterior hace poco inteligible la actitud asumida por el gobierno militar y por sus acólitos nacionalistas. Y no se trata sólo de las ventajas de la perspectiva *ex post*: aun para un observador contemporáneo desapasionado, debía parecer claro que la guerra estaba perdida para Alemania luego de Stalingrado (febrero del 43) y de la rendición en Túnez del ejército de África (mayo de 1943). Era la conclusión que sacaron en Italia y que dio lugar al orden del día Grandi (julio del 43), con el cual el Gran Consejo del fascismo decide destituir a Mussolini, pero también ese otro régimen tan admirado por los nacionalistas católicos locales, el salazarismo portugués. Este también había comprendido perfectamente que el fin del Eje era irreversible y por eso en agosto de 1943 iba a firmar el tratado con Gran Bretaña que cedía las Azores para instalar una base militar clave en el Atlántico. Que no lo hubieran comprendido los militares en el gobierno ni sus aliados puede desde luego informar acerca de sus pocas luces pero también acerca de que las personas y los grupos creen lo que quieren creer, en ese y en otro momento (y la ideología es aquí una anteojera formidable). Finalmente bastaba leer la prensa nacionalista para ver que lo que en otros medios era «retirada» en ella era «contraataque».

Inútil y anacrónico es intentar ser severos con aquellos contemporáneos de uno y otro lado: pensemos simplemente en todos los pronósticos errados que nosotros hemos hechos en tanto que contemporáneos de los sucesos que analizábamos... Lo que aquí interesa es otra cosa: restituir la incertidumbre que rodeó a la revolución y a sus primeros meses. Ello nos recuerda que 1945, el peronismo como fórmula política, no estaba en el horizonte de casi nadie por entonces. ¿Lo estaba en el de Perón? Todo depende, por un lado, del peso y la interpretación que le demos a ese documento estrictamente confidencial y secreto titulado la «Situación interna» que fue redactado

²⁷ Noriko Mutsuki, *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 147-151.

poco antes del 4 de junio y que Potash cree puede ser de la pluma de Perón²⁸. Depende, por el otro, de cómo sopesemos sea los modelos políticos de Perón (y su plasticidad) sea el papel de la estrategia y de la táctica en los diseños de los mismos.

2.

Dejemos a los contemporáneos y volvamos a ponernos los vestidos del historiador. Partamos de una admisión, el «tren de la historia», metáfora tan utilizada desde el siglo XIX, hace tiempo que ha descarrilado. Hoy, más modestos, tendemos a admitir que el presente es uno de los pasados posibles, no el pasado necesario. Es decir que ningún férreo riel lleva necesariamente de un lugar a otro en el curso del tiempo y que buscar encadenar una serie de causas necesarias que producen un movimiento político es al menos una visión simplificada de procesos que son más complejos. A partir de aquí muchas estrategias se abren, desde aquella comprensiva-hermenéutica orientada hacia la exploración de las conexiones o relaciones entre fenómenos, favorita entre los historiadores, a aquella más cercana a la lógica de las ciencias sociales que puede girar en torno a las weberianas causas adecuadas o accidentales a partir de un recorte del campo que implica abandonar, desde la línea que escogemos, la integración de muchos acontecimientos y de muchas posibles causas que serían relevantes desde otra perspectiva. En cualquier caso siempre se trata de operar, explícita o implícitamente, con modelos imaginarios (luego llamados contrafactuales) que contemplan la posibilidad de otros cursos de acción diferentes a los efectivamente acaecidos. Se trata de hacer, como indicamos en el comienzo, un ejercicio (y en la palabra están los límites del mismo) que a partir de la idea de posibilidades múltiples del decurso histórico nos ayude a pensar el problema que nos interesa.

Veamos primero la revolución de 1943 como diagnóstico. Era a todos evidente ayer y creo que lo es hoy que el régimen instaurado en 1932 no podía durar eternamente. Que la combinación de fraude y acuerdos inestables entre líderes políticos era una solución demasiado frágil. Ciertamente, hoy se tiende a revalorizar esos años treinta, sea ante lo que vino luego, sea ante las otras opciones que parecían amenazar contemporáneamente a la Argentina. La curiosa revalorización del general Agustín P. Justo, por parte de intelectuales que proceden de muy diversos orígenes, es parte de

²⁸ «Situación interna (estrictamente confidencial y secreto)», en Robert Potash, *Perón y el G.O.U.*, op. cit., pp. 196-209.

ello. Por proponer una analogía, que vale lo que otras, hace acordar a los republicanos españoles que perdida la guerra civil no dejaban de insistir en las grandes ventajas del profesor de Coimbra y su régimen por sobre el del generalísimo. No quisiera entrar en esa polémica. Quisiera subrayar que la maestría política del general Justo me parece una maestría eminentemente táctica, *au jour le jour*, y que su capacidad parece haberse expresado mejor en la habilidad para desordenar el juego de sus adversarios políticos que en construir soluciones estables y perdurables. Por otra parte hay bastante consenso en que la economía y la sociedad cambiaron bastante en esa década que antecede al golpe del 43 pero que paralelamente no lo hizo el orden político excluyente ni las instituciones sobre las que reposaba. Juan Carlos Torre lo ha observado con su habitual perspicacia²⁹. Podría todavía agregarse que también habían cambiado las claves ideológicas de buena parte de la cultura letrada y en cambio no lo habían hecho ni el personal político ni las fidelidades partidarias.

Inmovilidad de personajes e inmovilidad, al menos aparente, de fidelidades. Véanse por ejemplo los resultados comparados de las elecciones para diputados nacionales de 1920 y 1940 (y tomo el 40 porque son los resultados más limpios de la década). Los resultados no son exactamente comparables pero nos sirven para dar un orden de magnitud que es lo que nos interesa. 1920: radicalismo 44%, varios conservadores más demócratas progresistas 31% (y los agrupo porque en esos años la democracia progresista era algo bastante diferente a la década posterior: baste recordar que figuras como Gustavo Martínez Zuviría o Carlos Ibarguren, aunque no todavía fascistizantes, eran entonces conspicuos miembros de ese partido), socialistas 11%. Veamos 1940: radicales 45%, concordancia 33% socialistas 8%³⁰. Ciertamente, la estabilidad en la fidelidad a ciertas familias políticas puede esconder mal que esas lealtades eran, pese a todo, ya mucho más débiles sobre todo si miramos esos resultados de 1940 en relación con los de 1946. En cualquier caso, la coalición conservadora no parecía poder aumentar ese tercio histórico ni el radicalismo descender de ese algo menos del 50% de lealtades de los sufragantes.

Un segundo orden de cuestiones, el reverso de lo anterior, tiene que ver me

²⁹ Juan Carlos Torre, «La crisis argentina de principios de los años cuarenta y sus alternativas. El peronismo y los otros», en: *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 135-145.

³⁰ Darío Cantón, *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, cuadro 19, pp. 119-120.

parece con el paulatino incremento de las fuerzas centrífugas en partidos e instituciones (incluido el ejército) en esa década de 1930. El grupo político en el poder no podía incrementar sus lealtades ni evitar la dispersión y la conflictualidad al interior de sus propias fuerzas y su principal rival, el radicalismo, también estaba afectado por una conflictividad y fragmentación latente como han mostrado muy buenos estudios recientes³¹.

Ese *impasse* institucional y político de una situación desprovista de toda legitimidad de base combinada con rasgos profundos de inestabilidad, con un debate ideológico acentuado por motivos internos y externos, con una sociedad en transformación, no dejaba de ser percibido, al menos en algunos de sus rasgos más flagrantes, por muchos contemporáneos. Ello impulsaba la búsqueda de distintas soluciones políticas que permitieran salir de los dilemas en que la opción escogida a comienzos de la década había colocado a la Argentina.

Ateniéndonos exclusivamente a la política, había muchas propuestas. Hagamos una breve enumeración de las mismas (dejando fuera aquellas que proponían un radical cambio de sistema social y político). Una era la mezcla de fraude masivo y populismo (Fresco). Parece claro que eso no sólo no parecía admisible para la mayoría de la opinión pública sino que tampoco podía avanzar mucho en la práctica, pese a la violencia empleada, como los mismos resultados electorales en la Provincia de Buenos Aires mostraban. Otra era, desde luego, la no solución con la permanencia en el limbo del fraude y de la república conservadora (propuesta que podríamos esquematizar Castillo-Patrón Costas). Tampoco parece que esa idea pudiese sostenerse indefinidamente, casi era un milagro que hubiese llegado hasta 1943...

Una tercera era la solución Justo: acuerdos en las cúpulas para un retorno del mismo Justo (en especial mediante un acuerdo con Alvear) ahora elegido democráticamente en 1944, con el decisivo apoyo radical en alguna versión de «unión democrática». ¿Hubiera sido factible de no haber muerto Justo y Alvear? Dos cosas parecen problemáticas en esta lectura: que Justo hubiese sido ungido candidato con el apoyo de los radicales sin escisiones significativas y que los votantes lo hubieran seguido en las urnas, vista además la fuerte hostilidad radicales/conservadores en las bases de esas familias políticas. Una cuarta era lo que podríamos denominar la propuesta Rodolfo Moreno³². Es decir la modificación de la ley Sáenz Peña. Aquí

³¹ Ana V. Persello, *El partido radical gobierno y oposición. 1916-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

³² Rodolfo Moreno, *La cuestión democrática*, Buenos Aires, Imprenta López, 1937.

había muchas opciones y ellas podían ir de la finalmente demasiado escasa en el mediano plazo para sus fines (aunque no lo viesan así los opositores) impulsada por el tacticismo del gobierno de Justo en 1936, de sustituir la lista incompleta por la completa en las elección de electores para Presidente y Vice a la muy extrema de Rodolfo Moreno de suprimir el voto secreto³³. Que no se hubiese intentado apelar a tantas otras del amplio menú disponible, en sede teórica y también en otros ejemplos contemporáneos, puede sugerir no tanto el peso de la Ley Sáenz Peña en el imaginario argentino cuanto el imaginado peso que tendría esa ley en las creencias de las elites gubernamentales. Una quinta era la línea Ortiz. Quizás la más razonable, una transición gradual de la república posible a la verdadera. ¿También una de las más posibles? No lo fue. ¿Debemos volver aquí a introducir el «acontecimiento», el individuo en la historia, el azar de la enfermedad de un hombre? Finalmente quedaba la otra tan reiteradamente presente en la década del treinta, la opción militar. La revolución validó finalmente a ésta. Partiendo de la hipótesis inicial de no considerarla como inevitable: ¿era la más probable?, ¿o la más posible?

La revolución punto de llegada es también un punto de partida para viejas y nuevas opciones políticas. El proceso abierto en 1943 muestra un laboratorio de experiencias políticas que es como otro banco de pruebas de su viabilidad. La más obvia es la experiencia autoritaria restauradora que tantos ríos de tinta había hecho correr en la década del 30. Lo que muestra el momento 43-44 es que eso no era viable y puede hipotetizarse que no lo era aún más por razones internas que internacionales. Cuando se leen los discursos de Jordán Bruno Genta, Alberto Baldrich, Gustavo Martínez Zuviría, Carlos Obligado o Juan Sepich parece percibirse que esa personas estaban fuera del mundo real: un nacionalismo reaccionario, metafísico y literario, totalmente ignaro de las reglas de la política y ante todo acerca de qué era posible hacer y qué no en la Argentina de principios de los años cuarenta. Genta se llevaba seguramente las palmas con su apelación a acabar con los apuntes y restaurar Aristóteles³⁴. Empero más allá de la factibilidad de, por ejemplo, reconvertir al Colegio Nacional en el Real Colegio de San Carlos (ni los maurrasianos bajo Vichy se atrevían a tanto), si además esa propuesta iba al

³³ Tulio Halperin Donghi, *La República imposible*, op. cit., pp. 164-174.

³⁴ Jordán B. Genta, «La función de la Universidad Argentina», 17/08/1943, en: *Acerca de la libertad de enseñar y de aprender. Libre examen y comunismo. Guerra Contrarrevolucionaria*, Buenos Aires, Dictio, 1976, pp. 79-89.

encuentro de una opinión pública hostil a volver a Aristóteles y la Grecia clásica o a la época colonial, o a alguna versión vernácula de la cruz y la espada, pronto se ve que eso difícilmente era factible. Era apenas –la expresión es quizás de Perón pero se aplicó también en Brasil– de los nacionalistas como una «banda de música»: mucho ruido, poca consistencia. Esas opciones allí donde funcionaron lo hicieron porque se procedía de una guerra civil, porque existían otros imaginarios culturales o porque las clases propietarias y los notables tenían un miedo tal que estaban dispuestos a otorgar un apoyo activo a esas u otras ideas semejantes.

La segunda menos visible, pero no menos reveladora, es la que quizás sugería la opción Rawson (que como se recuerda incluyó en su frustrado gabinete, a su contertulio del Jockey Club, el antiguo ministro de Victorino de la Plaza, Horacio Calderón). Una opción conservadora autoritaria que podía recordar al fallido intento de 1930 de restablecer el viejo orden de los tiempos del Centenario. La otra más fugaz aún, pero más reveladora, es la propuesta de esa gran inteligencia que había sido Juan Álvarez, en octubre de 1945³⁵. Recordemos que fue propuesto al general Ávalos por su antiguo alumno Amadeo Sabattini para organizar un gabinete de emergencia, en tanto Procurador General de la Corte Suprema. Recordemos los nombres del gabinete que proyectó: Jorge Figueroa Alcorta, Isidoro Ruiz Moreno y Alberto Hueyo, además de dos antiguos participantes de «Acción Argentina», Tomás Amadeo y Antonio Vaquer. Puede observarse que mirado desde ese prisma, buena parte del mundo conservador (nos parece) había dejado de entender a la Argentina de los años cuarenta, y quizás también lo había hecho buena parte del radicalismo y del socialismo (comprender las humboldtianas «fuerzas motrices», todo un gran tema). Y quizás de eso se trataba: de que, entendamos como entendamos el concepto de generación, una generación de notables en un sentido amplio dejaba el escenario y otra se aprestaba a subir a él. Y con ese ascenso venían muchos hombres nuevos (y también algunos notables reciclados en posiciones políticamente irrelevantes), cuyo estilo si no sus ideas iban a espantar a aquellas elites tradicionales y a aquella clase media ilustrada de las zonas centrales de las ciudades.

Parte de esa novedad estaba ya en aquellos coroneles que habían dado el golpe del 43 y cuyo primitivo estilo intelectual, si mirado desde los documentos del GOU, no

³⁵ Acerca de Juan Álvarez, Mario Gluck, *La nación imaginada desde una ciudad: las ideas políticas de Juan Álvarez, 1898-1954*, Tesis de Doctorado, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 2011.

sugería para nada una familiaridad con la prosa sofisticada de muchos integrantes de los Cursos de Cultura Católica o de las revistas *Nuevo Orden* o *Nueva Política* (pese a que éstas mostraban también, a veces, sorprendentes caídas de tono) o con esos textos orteguianos como *La clase dirigente* de Sánchez Sorondo³⁶. Recordaba mucho más a los tanto más plebeyos textos de *Clarín* o a los manifiestos de la Alianza Liberadora Nacionalista. Desde luego, también, entre las novedades habría que incluir al factor Perón. Esos años que van de junio de 1943 a febrero de 1946, pueden ser vistos como aquellos en los que Perón mostró quizás su mayor habilidad política (que desde luego era mucha) de su larga carrera, aunque al fin y al cabo, volviendo a Maquiavelo, fue siempre alguna combinación de «virtú y fortuna». Cuánto de cada una de ellas es algo que la empiria no puede resolver, depende de la perspectiva que escoja el historiador para tratar de dar inteligibilidad a los procesos.

Sea de ello lo que fuere, mirado desde ésta y otras perspectivas y novedades el peronismo o mejor ese peronismo «realmente existente», entre otros posibles, puede ser pensado como una de las conclusiones probables, pero no la única, de aquella crisis y del golpe de 1943. Ahí están, a modo de ejemplo, otros desarrollos conjeturales como los que podían emerger de esa sinuosa relación con el sabatinismo, problematizada por César Tcach³⁷. Otra Argentina que pudo ser pero no fue. Y desde luego, aquellos votos conservadores perdidos en las bastante ajustadas elecciones de febrero de 1946... Empero y además, claro está, cuántos otros accidentes en el camino. Las incertidumbres de los contemporáneos encuentran aquí una fusión de horizontes con las del historiador.

Registro bibliográfico

DEVOTO, FERNANDO J.

«Para una reflexión en torno al golpe del 4 de junio de 1943», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXIV, N° 46, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre, 2014, pp. 171-186.

Descriptor - Describers

Historia / Argentina / golpe militar / Perón / acontecimiento

History / Argentina / military coup / Perón / event

³⁶ Marcelo Sánchez Sorondo, *La clase dirigente*, Buenos Aires, ADSUM, 1941.

³⁷ César Tcach, *Sabatinismo y peronismo: partidos políticos en Córdoba, 1943-1955*, Buenos Aires, Biblos, 2006.